

El Cardenal Infante Don Fernando de Austria

Discurso pronunciado el día 10 de Noviembre de 1946,
en la solemne apertura de Curso de la Real Academia
de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

EXCMAS. E ILTMAS. AUTORIDADES,
SEÑORAS Y SEÑORES:

En la última sesión celebrada por esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, al finalizar el pasado curso, fuí designado para pronunciar el discurso de apertura del presente año académico.

Pensé en un manuscrito, de mediados del siglo xvii, que se conserva en el Archivo Municipal, en el que se mencionan las familias de moriscos que vinieron a establecerse en Toledo procedentes de Andalucía; pero en aquellas listas interminables no aparecen nombres históricos, y tan larga enumeración de lugares alpujarreños —de indudable interés para el estudio de la toponimia, del vestido y de las costumbres—, comprendí que cansaría la atención del auditorio más complaciente.

He preferido tomar como asunto algunos pasajes de la vida del Cardenal Infante Don Fernando de Austria, que después de regir en su niñez los destinos de la mitra toledana, al fallecimiento del Cardenal Don Bernardo de Sandoval y Rojas, fué en sus heroicas mocedades campeón de los ejércitos católicos en la Guerra de los Treinta Años, inmortalizando su valor en la Batalla de Nördlingen.

La última tragedia que se ha cernido sobre Europa da actualidad a este trabajo, pues podemos por contraste observar lo que fueron las guerras de ideales de aquellos tiempos, frente a la crueldad en que se mueven las de nuestros días.

Todavía hay regueros de sangre caliente por los campos de batalla, y por los mismos sitios en que se movieran los gloriosos Tercios que obedecieron al Infante Cardenal, hay hoy un dolor

enloquecido que solamente podrá borrar la piedad de una generación mejor que la nuestra.

El 16 de Mayo de 1609, a las dos de la tarde, nació en el Real sitio de El Escorial el tercer hijo de Felipe III y de Doña Margarita de Austria, al que se le dió el nombre de Fernando, familiar en la dinastía de los Habsburgos. Los restantes hijos fueron Felipe IV, el infante Don Carlos, Ana de Austria, esposa que fué de Luis XIII de Francia, María, casada con Fernando III, rey de Bohemia y de Hungría, la infanta Margarita, que murió muy joven, y Alfonso Caro, cuyo nacimiento habría de ocasionar la muerte de la reina.

Las conveniencias políticas disgregaron bien pronto un hogar saturado de cariño fraterno. En el año 1612, Enrique de Lorena, hijo del famoso General de la Liga Católica, concertó en nombre del Monarca francés unas Capitulaciones con Ruy Gómez de Silva, tercer Duque de Pastrana, en representación del Rey de España, por las que se acordó el doble matrimonio de Ana de Austria con Luis XIII y de Isabel de Borbón con Felipe IV.

Sucesivamente se fueron concertando los otros matrimonios, quedando únicamente el Infante Don Fernando destinado a la Iglesia.

Las normas canónicas de la época no impedían que un niño, con sólo la tonsura, fuese aceptado para la dignidad cardenalicia, ocurriendo que por fácil dispensa del Pontífice, pudiese deponer este cargo y volver a su estado de seglar. El Archiduque Alberto, hijo del Emperador Maximiliano, creado Cardenal con el título de la Santa Cruz de Jerusalén, por Clemente VIII, pudo renunciar a la mitra de Toledo, por no estar ordenado «in sacris», y casarse con su prima la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia.

Los propósitos que Felipe III abrigaba sobre su hijo, el Infante Don Fernando, no podían estar más en consonancia con el espíritu de su tiempo, ni más de acuerdo con una tradición familiar, llena de gloriosos precedentes. Observadas las conductas de los Infantes, coincidían los ayos y preceptores en una opinión común. Don Carlos no tenía apenas noticias de las Letras; era taciturno y triste, aunque de trato afable y bondadoso, y fácilmente se dejaba arrastrar por corrientes de indolencia, tan frecuentes en los últimos Austrias. Por el contrario, se decía en Palacio lo mucho que aprovechaba en sus estudios el tercero de los varones: Don Fernando.

Un detalle se escapaba a la mentalidad de sus mentores, nada extraño por otra parte, en unos tiempos muy lejanos a la observación del espíritu, pese a las sabias doctrinas de Vives y al «Examen de Ingenios» del Doctor Huarte, que comenzaban a ensanchar los horizontes del estudio sobre el carácter: Su viva inquietud de ánimo; su bizarra apostura; su mirada enérgica, eran signos claros de un subconsciente temperamental que había de nutrirse, no de teología ni de virtudes episcopales, sino de ansia de mando, de caudillaje militar, que era en definitiva el signo astral bajo el que había venido al mundo.

En un manuscrito de la Biblioteca de la Catedral de Toledo (signatura 30-33) se cuenta con el más minucioso detalle la ceremonia de la imposición del capelo cardenalicio. La infanta doña Margarita de Austria, retirada en las Descalzas Reales, preparaba los tapices que habían de lucir en las galerías de la capilla; el Duque de Uceda insistía ante el Arzobispo de Chieti para cumplir los anhelos del Monarca.

El manuscrito lleva el siguiente título: *Relación de las solemnidades y ceremonias con que Monseñor, el Arzobispo de Chieti y el Patriarca de Jerusalén, confirieron las órdenes clericales, la birreta y el capelo a la Alteza Reverendísima del Serentísimo Cardenal Infante.*

Dice así: En la mañana del 29 de Enero de 1620 llegó al Real Palacio un cortejo formado por el Nuncio de Su Santidad, en su carroza, y los caballeros romanos Pedro Vicente Cavallieri y César Girone, seguidos de doce pajes. Ocho vestidos de largo, como se usaba en la corte de Madrid, y cuatro de corto, con mangas y calzas de seda de color de rosa. Otros doce, por mandato de los señores romanos, iban vestidos de paño colorado con guarniciones de oro por una parte y de plata por otra, con calzas de seda y mangas de raso.

Su Majestad esperaba a todos en su Cámara, vestido de paño negro, con un manto de seda, guarnecido de cordones, pendiente de su cuello el toisón. Con él había veintiocho caballeros entre grandes y mayordomos, nobles y señores de Cámara.

El día 30 del mismo mes, octava de la fiesta de San Ildefonso, protector y Arzobispo de Toledo, se llevó la birreta al Infante, llegándose a una sala, donde en forma de recibir visitas, estaban por orden y de pie todas las Altezas siguientes: El Príncipe don

Felipe IV, con la princesa Isabel, su mujer; el Infante don Carlos, el Infante Cardenal y la Infanta María.

La ceremonia de imposición del capelo se fijó para el día 2 de Febrero, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. El curioso manuscrito nos conserva los nombres de los asistentes que eran: Don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca; Don Duarte, Duque de Braganza; los Duques de Pastrana y Monteleón con los de Villahermosa y Veraguas; el Almirante de Castilla; el Marqués de Aguilar, con los de Mondéjar y Velada, y el Duque de Sesa. De los cuatro Embajadores que entran en la capilla de Su Majestad, que son el Nuncio, el del Emperador y el de Venecia, solamente faltaba el de Francia, que entonces estaba ausente. Estaban también presentes los Duques de Peñaranda, de Uceda y del Infantado, faltando por justo impedimento el Condestable de Castilla que tenía seis años, el Adelantado de Castilla y el Marqués de Astorga.

La toma de posesión del arzobispado revistió tal solemnidad que se consideró como de los hechos más famosos en los últimos años del reinado de Felipe III. Se confió la administración de la diócesis al canónigo Don Alvaro de Villegas.

Así quedó el Infante Don Fernando de Austria —a los once años de edad, *in undecimo suae aetatis anno* decía la Bula de Paulo V— en posesión de la Silla Primada de Toledo, el día 5 de Mayo del año 1620; se le designaba un coadjutor para los negocios espirituales y eclesiásticos de la diócesis; él quedaría encargado de las cosas temporales hasta que, cumplidos los treinta años, pudiese recibir la ordenación sacerdotal y el episcopado. Las disposiciones de Paulo V se truncaron de tal forma, que no pudo ir más tarde el joven Cardenal a Toledo, ni ser jamás sacerdote.

Al regreso de un viaje de Portugal enfermó gravemente Felipe III, en Casarrubios del Monte, a una jornada de Madrid. Restablecido de su dolencia, «trajo siempre mal segura salud y color sospechoso» dice Quevedo en «Sus Anales de Quince días.

En su «Journal de ma vie» relató el Marqués de Bassompierre los momentos finales de Felipe III: «El domingo 28, se hizo una solemne procesión para llevar la imagen de Ntra. Sra. de Atocha a las Descalzas Reales. Gran número de penitentes se azotaban por la salud del rey. Se llevó el cuerpo del Beato Isidro a Palacio, a la Cámara de Su Majestad, y se expuso el Santísimo en todas

las iglesias de Madrid. El lunes 29, le aparecieron úlceras en los riñones y en el vientre, y habiéndole tomado el pulso los médicos, desesperaron de su vida. Por lo que el rey llamó a su confesor, el Padre Aliaga, al Presidente de Castilla y al Duque de Uceda, y ante ellos firmó su testamento. Hizo entrar al Príncipe, al Infante Don Carlos y al Infante Cardenal, a quienes dió su bendición. Los médicos de Cámara, lejos de aplicar los remedios oportunos, sangraron al paciente seis veces, con lo que se fué extenuando su vida, hasta finalizar el último día de Marzo del 1621.»

El Real Sitio de Aceca, a cinco leguas de Toledo, rodeado de prados y bosques, que mantenían en rara fertilidad las aguas del Tajo, fué la residencia favorita de los hermanos de Felipe IV en su orfandad; allí entretenían sus ocios en ejercicios ecuestres, alejados de las miradas escrutadoras del Conde Duque de Olivares. Allí marchó el rencor desesperado de la Infanta Doña María, después de ver deshechos sus proyectos matrimoniales con el Príncipe Don Carlos de Inglaterra, por obra del Privado. Ella sembró por todas partes odio y resentimiento hacia el Conde Duque, fué la primera conjurada en aquella conspiración de intrigas contra su política, la que propuso al Infante Cardenal un programa digno de Maquiavelo, para ver frustrada su obra, demostrando a sus dos hermanos, Don Carlos y Don Fernando, lo triste de su condición de segundones, ante un válido poderoso y un hermano rey indolente. Desde entonces Don Fernando comprendió que todo lo tenía que esperar de su valor personal.

* * *

Desde las Cortes celebradas en Madrid, en los primeros meses del reinado de Felipe IV, se pretendió llevar un espíritu de reforma que también abarcaba a los asuntos eclesiásticos. El panorama que ofrecía la vida española, ha sido muy desfigurado por la insolencia de muchos escritores de nuestro Siglo de Oro, complacidos en pintar con morbosa insistencia toda una fauna abigarrada de encrucijadas y callejones tristes, repletos de mendigos, truhanes y vagabundos, que viven con maravilloso realismo en las páginas de la novela picaresca o en los cuadros incomparables de nuestros pintores. No era todo decadencia en España. La iglesia

mantenía vivo el espíritu religioso, que había defendido en el Concilio de Trento.

De acuerdo con ésto, el Cardenal Infante tendió a remediar los abusos que pudiesen cometerse con la acumulación de beneficios eclesiásticos, y aunque a los doce años no podía comprender la transcendencia de muchos problemas reservados a graves varones, bajo su mandato, toda inmoralidad en este orden se contuvo.

Obligó a más estrecha observancia a las órdenes religiosas, prohibiendo que se diese dignidad o beneficio al clérigo que no estuviese al servicio de una diócesis.

Intervino en los asuntos de una fundación privada establecida por Don Pedro Alfonso de Valdivielso, para dotar a cuatro doncellas pobres. Y fué sobre todo el Mecenaz de gran número de literatos que se acogieron al prelado de sangre real que orlaba su púrpura con armiños.

El famoso literato Luis Vélez de Guevara, autor del «Diablo Cojuelo», pretendió formar parte de la Casa del Cardenal Infante. Antonio Mira de Amescua, uno de nuestros más fecundos autores dramáticos del siglo xvii, se tituló «Capellán del Cardenal», en el soneto laudatorio que puso al frente del poema de Salgado Camargo, titulado *San Nicolás de Tolentino*, impreso en el año 1628. El poeta toledano Maestro José de Valdivielso, como capellán de su Casa, le dedicó su Exposición parafrástica del Salterio.

Autores que han sido consagrados por la fama, formaron parte de esta corte literaria, entre ellos, Don Martín Rodríguez de Ledesma y Guzmán, Marqués del Palacio, rector de la Universidad de Salamanca; algunas de sus poesías fueron publicadas en 1889, por Don Juan Pérez de Guzmán. También perteneció a su corte literaria el Conde de Humanes, gentilhombre y caballero del Cardenal Infante, autor del poema titulado *Cuchillo de la Muerte*, larga diatriba contra los médicos.

Virrey de Cataluña

Destinado el Cardenal Infante a suceder a su tía la Archiduchesa Isabel en el gobierno de los Países Bajos, se pensó ejercitarle antes en un gobierno que ofreciese parecido con el ambiente político de Flandes. Ninguna región española más a propósito que

Cataluña, descontenta con la política centralista del Conde Duque.

Antes de marchar a Barcelona, se reunieron en Cortes los Reinos de Castilla y León para jurar como heredero del Trono al Príncipe Baltasar Carlos, lo que se verificó el 25 de Marzo del 1632, en el Real Convento de San Jerónimo, de Madrid.

El Príncipe Baltasar Carlos, hijo malogrado de Felipe IV, retratado por Velázquez jugando con el enano «el niño de Vallecas», según cuadro existente en el Museo de Bellas Artes de Boston; montado a caballo, o disfrutando de los paisajes del Guadarrama, mientras duerme a su lado el perro de caza, como se ve en los lienzos del Museo del Prado, desapareció de esta vida, cuando apenas contaba diecisiete años, el martes 9 de Octubre de 1646.

Terminadas las fiestas que siguieron al juramento del Príncipe, marchó el Cardenal Infante a Cataluña. El itinerario trazado se realizó en grandes jornadas a caballo, pasando por Aranjuez, Almenara, Villar de Cañas, Campillo de Altobuey y Requena. El 3 de Mayo, las Cortes de Cataluña juraron su obediencia al Cardenal Don Fernando de Austria, como Virrey de Cataluña, Capitán General de su Principado y Señor de los territorios del Ruisellón y de la Cerdeña.

Por aquellos días se habían recrudecido los rencores del Cardenal de Richelieu contra los miembros de la Real Casa de Francia. La reina Madre María de Médicis y el hermano de Luis XIII, el veleidoso Gastón de Orleans, habían tenido que huir a Lorena y de allí al Languedoc, promoviendo una sublevación en la que intervinieron cinco obispos franceses. Ana de Austria, Reina de Francia, acudió en seguida a su hermano Don Fernando, enviándole secretos mensajeros desde Montpellier.

Muy corta fué la estancia del Cardenal Infante en Cataluña, teniendo que salir para el Milanesado, al mando de diez galeras españolas, siete de Sicilia y una de Génova, con su correspondiente dotación de hombres y armas.

Diego de Aedo y Gallart, en su libro «Viajes, sucesos y guerras del Infante Cardenal Don Fernando de Austria», publicado en Madrid, en 1637, relata este fastuoso itinerario, partiendo de Cadaqués, capital de un priorato benedictino fundado en el siglo IX, cruzando Marsella, Tolón, Mónaco, el marquesado de Final y el puerto de Noli.

Antes de llegar a Génova, el Príncipe Doria vino a besar la mano de Su Alteza. Todo el mar de Liguria ofreció a lo largo de trece millas el aspecto de un arco de triunfo. Por las montañas de Lombardía, erizadas de fortalezas españolas, ondeaban aún las nostalgias de nuestro heroísmo. Pródiga en hazañas y en oro, estableció la política española de aquellos tiempos una ruta de simpatía, alimentada con la abundancia de nuestras arcas, a través de Suiza, el Franco Condado y el Rhin, que llegaba hasta los Países Bajos.

Claramente se manifestaron los proyectos del Cardenal Infante, que consistían en reclutar gentes para marchar hacia Flandes, prestando antes ayuda a los católicos, en las duras guerras entabladas como finales de aquella larga contienda europea que se llamó de los Treinta Años.

La muerte de la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia, ocurrida a finales de Diciembre de 1633, hizo que se alterasen los proyectos, teniendo que cesar en su gobierno de Milán para marchar a tierras de Flandes, en donde interinamente había quedado como Gobernador el Marqués de Aytona.

El héroe de la guerra de los Treinta Años

Las luchas en defensa de la fe tenían en España un hondo sentido tradicional. Desde Don Pelayo, que comienza a rechazar las primeras invasiones musulmanas, hasta los Reyes Católicos, que terminan con la toma de Granada, la secular empresa de la Reconquista, se convirtió nuestra patria en escenario de heroicas batallas o en campo de pequeñas e interminables escaramuzas y siempre en defensa de la Religión, que fué la base más sólida de su sentido histórico.

La Casa de Habsburgo había hecho lema de sus empresas este batallar incesante por dondequiera que peligrase el nombre de Cristo. Conocido es el rasgo del Emperador Rodolfo, fundador de la dinastía, descendiendo de su caballo para ofrecerlo al ministro del Altísimo, que llevaba en sus manos el Sacramento; pudiera simbolizar tan piadoso gesto a sus sucesores, que desde entonces se creyeron obligados a imitar al héroe de la santidad que pintara Rubens.

Con la aparición del protestantismo, se ofreció un nuevo campo de guerra. El Imperio se vió perturbado por la oposición entre católicos y protestantes, y dentro de estas mismas confesiones, se manifestaban no pocas diferencias. Los teólogos sajones luchaban contra los calvinistas de la Alemania del Norte. Por todas las regiones luteranas se levantaban las más vehementes controversias sobre la interpretación de dichos pasajes de las Santas Escrituras.

Un sentimiento de general intranquilidad se apoderó de toda Europa, presa de grandes terrores dignos de un nuevo Milenio recargado con persecuciones, maleficios y hechicerías. Todo anunciaba la intervención de las armas como único remedio capaz de atajar este estado de angustia colectiva.

Grandes y continuadas discordias habían llenado la vida interna de Alemania desde que apareció el protestantismo hasta la guerra de los Treinta Años. También Francia tuvo que sufrir por motivos religiosos las cuatro guerras civiles entre el catolicismo y el calvinismo, disputándose unos y otros la hegemonía del Estado.

El que más tarde fuesen pasando poco a poco a menor importancia los factores religiosos y se complicasen nuevos motivos políticos según se extendía, como inmensa hoguera, esta guerra a todos los pueblos de Europa, no quiere decir que su origen principal no estuviese basado en la oposición religiosa entre protestantes y católicos.

Ninguno de los Habsburgos reinantes sentía cariño por la guerra. Su incapacidad militar era manifiesta. La guerra que consumió durante treinta años a Europa, fué sostenida por huestes mercenarias que se vendían a cualquier aventurero que pagase, sin tener en cuenta su religión, su política ni su patria. Bandidos casi geniales ofrecieron su sangre y las de sus tropas a reyes sin importancia, a caudillos sin ley.

Desde nuestro Spínola, que introduce en el Palatinado hombres españoles, hasta el Cardenal Infante, héroe de la batalla más gloriosa de esta guerra, corresponde a nuestras armas gran parte del mérito militar. Entre aquellas levas de gentes desesperadas y dudosas, de aventureros y malvados, suenan las hazañas españolas como gestas de seres mitológicos aureolados por el misticismo y la renuncia.

«Los Comentarios del desengañado», de Diego Duque de

Estrada, son una fuente curiosa de extraña literatura, mezcla de erótica y de ascetismo, que retratan al vivo las ansias espirituales de una raza superior, con gracejos de pícaro y ambiciones de santo, actuando en los campos de Europa.

Al parecer, había en España un intento de dominar en las provincias occidentales de Austria. Un enemigo poderoso salió al encuentro de estos proyectos: Gustavo Adolfo, de Suecia, aquel rey arrogante y rubio, lleno de fuerza y energía, dotado del genio batallador de Ajax o Aquiles.

Ocho mil soldados españoles salieron de los Países Bajos para luchar al lado de los ejércitos imperiales. El rey de Suecia murió a los treinta y ocho años en la batalla de Lutzen, en Sajonia, no lejos de Leipzig. Un loco le disparó un tiro por la espalda; después fué encontrado su cuerpo desnudo y acribillado de heridas. En él no pudo perpetuarse la raza de los héroes, pues había dejado sólo una niña como sucesora de aquel gran imperio escandinavo que él soñó como libertador de las pesadillas religiosas de Europa.

Su hija, la célebre Cristina de Suecia, contaba entonces cinco años, y quedaba bajo la tutela de su madre la reina viuda María Eleonora, la inconsolable mujer que superó los extravíos necrómanos de Doña Juana la Loca.

Así esta larga guerra de los Treinta Años presenta los más complicados hechos; las más extrañas figuras. La astucia, la diplomacia, el valor y el heroísmo, todo se puso en juego entre ráfagas de odios y conspiraciones.

El poeta Juan Federico Schiller ha cantado con patética inspiración los heroísmos de Wallenstein, la elevada ambición de su personalidad vigorosa. Ningún personaje de esta guerra tiene más dotes de organizador que él; puso en pie un ejército poderoso y se vió completamente abandonado por todos sus oficiales. Fué este general sin victorias el que anuló los esfuerzos de Gustavo Adolfo. El asesinato de Wallenstein, realizado por sus propios generales mientras dormía, terminó con otro héroe de esta guerra. Después de él ninguna figura hay de la importancia del Cardenal Infante.

Nombrado Don Fernando Gobernador y Capitán General de los Países Bajos, juntó un ejército formado por el resto de aquellos antiguos Tercios españoles que tanto asombraron a Europa.

Al dirigirse a Flandes, fué llamado por su cuñado el Rey de

Hungría para que acudiese a Alemania en ayuda de los imperiales que sitiaban a Nördlingen. Su ejército estaba compuesto de 18.000 hombres. Nördlingen es una villa de Suabia cerca de Augsburgo; por entonces no llegaba ni a 10.000 habitantes, rodeada por aquellos tiempos de bosques y pinos; una población, en suma, carente de significación especial, pero que se hizo célebre en la Historia, porque el 6 de Septiembre del año 1634 ganaron los españoles, capitaneados por el Cardenal Infante, una de las victorias más insignes. Los ejércitos de Suecia fueron destrozados; 300 estandartes, 80 cañones y 4.000 prisioneros cayeron en manos de los españoles; se enterraron 8.000 muertos.

Cincuenta banderas, ganadas con el filo de la espada y a precio de sangre, fueron enviadas a Madrid. Felipe IV escribió a Don Fernando, considerándose orgulloso de poder llamarle hermano y aconsejándole más prudencia en los peligros, puesto que la pérdida de su persona hubiese sido para él más sensible que la de toda la Armada: «Después de esta hazaña, vuestra reputación y valor estarán en tal estima ante el Mundo, que os debo formalmente mandar esta cautela para no exponer la vida como Rey, como hermano y como amigo».

Dos meses después entró victorioso en Bruselas—4 de Noviembre de 1634—; flameaba en su mano derecha la espada gloriosa que llevó en otros tiempos su bisabuelo, el Emperador Carlos V. Ningún distintivo de su jerarquía eclesiástica, sino el arrogante gesto del General victorioso con que tantas veces le pintó Rubens.

Antes de morir la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia, había escrito a Felipe IV sobre la impopularidad de los Cardenales Granvela y La Cueva, por lo que convenía que jamás ostentase el Infante su púrpura cardenalicia en los Países Bajos.

Los siete años que le quedan de vida pertenecen por completo a la historia interna del pueblo de los belgas. Numerosos trabajos, cartas, relaciones y memorias hablan de su intervención en la política de su tiempo.

Historiadores como Gachard, Pirenne y el Vizconde Carlos de Terlinde, han seguido paso a paso la actuación del Cardenal Infante dentro de su patria en una época turbia para los españoles.

Un joven historiador, Alfredo van der Essen, ha presentado como tema de su Doctorado en la Universidad de Lovaina la

obra definitiva sobre el vencedor de Nördlinguen (publicado en Bruselas, 24 de Junio de 1944).

.....

Quisiera haber contagiado de viva pasión ese resplandor que nos dejan las cosas sublimes cuando rozan nuestra alma. Y tomé como pretexto, ya que la Historia es maestra de la vida, a este personaje augusto que es un hito más de las glorias españolas.

Clemente Palencia
Académica Numeraria